

hermoso momento de la fecundidad. Parece que se pasea uno entre los trigos ya rubios.

Y era, en efecto, en pleno campo donde todo esto se hacía. Ningún templo hubiera bastado para ello. La población entera salía: todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños; se llevaba únicamente la silla del anciano que había de presidir y la alforja con la comida. Pueblos y ciudades enteras quedaban abandonados bajo la salvaguardia de la fe pública. Una patrulla que atravesó un día de estos una aldea, declaró que no encontró en ella más que los perros. Quien el 14 de Julio de 1790 hubiera atravesado á mediodía estos pueblos desiertos, hubiera creído ver nuevos Herculanos y Pompeyas.

Nadie podía faltar á la fiesta ni nadie era en ellas simple testigo solamente; todos eran actores, desde el centenario al recién nacido. Y éste más que otro alguno.

Se le llevaba, flor viviente, entre las flores de las mieses. Su madre lo ofrecía, lo depositaba sobre el altar. Pero no desempeñaba solamente el papel pasivo de la ofrenda, era ser activo también; hacía su juramento por boca de su madre, reclamaba su dignidad de hombre y de francés y era puesto ya en posesión de la patria, entrando en el reino de la esperanza.

Sí; el niño, el porvenir, era el principal actor. La municipalidad misma, en una fiesta del Delfinado, fué coronada en la persona de su principal magistrado por un niño pequeño. Tales manos llevan siempre la felicidad.

A aquellos mismos que, ya mayores, acompañan á sus madres, armados y llenos de entusiasmo, dadles dos años más solamente; que tengan quince, dieciséis años y partirán; el 92 ha sonado y siguen á sus hermanos mayores á Jemmapes... Sus manos llevan la felicidad; han realizado este gran augurio; han coronado á Francia... Hoy mismo, débil y pálida, coloca Francia esta corona sobre las demás naciones.

¡Grande y feliz generación que nace entre tales sucesos y tiende su primera mirada sobre tal espectáculo!

Niños llevados, benditos en el altar de la patria, entregados por sus madres entre lágrimas, pero resignadas, heroicas, dados por ellas á Francia: ¡ah!, cuando se nace de este modo no se puede morir jamás...

Aquel mismo día en que nacieron conquistaron el secreto de la inmortalidad.

Los mismos de entre ellos que la historia no nombra, no han llenado menos el mundo de su viviente espíritu sin nombre, del gran pensamiento común esparcido sobre toda la tierra.

No creo que en ninguna época el corazón del hombre haya sido más grande, más vasto, ni otra alguna en que las distinciones de clases, de fortuna y de partidos hayan quedado más olvidadas.

En los pueblos y aldeas sobre todo, no hay ni rico ni pobre, ni noble ni labriego; los víveres se guardan en común y la misma mesa

sirve para todos. Las divisiones sociales, las discordias, han desaparecido.

Los enemigos se reconcilian, las sectas opuestas fraternizan, los creyentes, los filósofos, los protestantes, los católicos.

En Saint-Jean-du-Gard, cerca de Alais, el cura y el pastor se abrazaron delante del altar. Los católicos llevaron á los protestantes á la iglesia; el pastor se sentó en el sitio preferente del coro.

Los mismos honores hicieron los protestantes al cura, que colocado en su capilla en el sitio más honroso, escuchó el sermón del pastor evangélico.

Las religiones, en el lugar mismo del combate, fraternizan á las puertas de los Cevénnes, sobre las tumbas de los abuelos, que se mataron los unos á los otros... Dios, durante tanto tiempo acusado, fué al fin justificado... Los corazones se desbordan; la prosa no basta; un desbordamiento poético puede solamente acallar un sentimiento tan profundo; el cura compone y entona un himno á la libertad; el alcalde responde en estrofas; su mujer, respetable madre de familia, en el momento en que lleva á sus hijos al altar, responde también con algunos versos patéticos.

Los campos donde generalmente se celebraban estas fiestas contribuían á aumentar la ternura.

El hombre no sólo se había reconquistado á sí mismo, sino que toma posesión de la Naturaleza. Muchos de estos relatos que examino, testifican las emociones que causa á aquellas pobres gentes su país, visto por la primera vez... ¡Hecho extraño! Estos ríos, estas montañas, estos paisajes grandiosos, que atravesaban todos los días, fueron descubiertos por ellos aquel día; parecía que no los habían visto jamás.

El instinto de la Naturaleza les hizo preferir, para teatro de estas fiestas, los lugares mismos que habían preferido nuestros antiguos galos, los druidas.

Las islas, sagradas para los abuelos, volvieron á serlo para los hijos. En el Gard, en la Charente y otras regiones, el altar fué alzado en una isla. La de Angulema recibió los representantes de sesenta mil hombres y había otros tantos en el admirable anfiteatro que conduce á la ciudad, junto al río.

Por la noche hubo un banquete en la isla, con muchas luminarias y todo un pueblo por convidado, un pueblo por espectador, desde lo más alto á lo más bajo del gigantesco coliseo.

En Maubec (Isere), donde se reunieron muchas comunidades rurales, el altar fué alzado en medio de un llano inmenso, frente á un antiguo monasterio; horizonte soberbio, infinito, que engrandecía el recuerdo de Rousseau, que vivió allí algún tiempo... En un brillante discurso de entusiasmo, un sacerdote exalta el glorioso recuerdo del filósofo que en aquel lugar mismo pensaba y preparaba el gran día...

Nosotros, creyentes del porvenir, que ponemos la fe en la esperanza y miramos hacia la aurora, nosotros que estamos privados del templo y del altar, monopolizado por el pasado, que nos entristecemos en la soledad de nuestros pensamientos, tenemos un templo como no lo había habido jamás...

No más iglesia artificial, sino una iglesia universal: un solo dogma desde los Vosgos á los Cévennes y de los Pirineos á los Alpes.

No más símbolo convenido, sino toda naturaleza, todo espíritu, toda verdad.

El hombre, que en nuestras antiguas iglesias no se veía cara á cara, se contempla ahora, se ve por primera vez recogiendo en los ojos de todo un pueblo una chispa de la mirada de Dios.

Contempla y comprende la Naturaleza, la encuentra sagrada y reflejándola se siente dios.

Y este pueblo y esta tierra encuentra su nombre: Patria.

Y la patria, por larga y ancha que sea, se condensa y encierra en su corazón. La ve con los ojos del espíritu y la abraza con las ansias del deseo.

Montañas de la patria que limitáis nuestras miradas y no nuestros pensamientos: sed testigos de que si no podemos abrazar en un abrazo fraternal á la gran familia de Francia, en nuestros corazones está encerrada...

¡Ríos sagrados, islas santas donde fueron levantados nuestros altares: pueden vuestras aguas ir á decir á todos los mares, á todas las naciones, que hoy, en el solemne banquete de la libertad, no hubiéramos partido el pan sin haberlas llamado, y que en este día de felicidad la humanidad entera se ha encontrado presente en el alma y el corazón de Francia!

«¡Así concluyó el mejor día de nuestra vida!» Con esta frase que los federados de una ciudad escribieron la noche de la fiesta al final de su relato, puedo yo concluir este capítulo. Dejo en estas líneas un momento supremo de mi vida, una parte de mí mismo—lo siento perfectamente—que permanecerá aquí para siempre y no me seguirá jamás; me parece que salgo de aquí empobrecido y disminuido.

¡Cuántas cosas tenía que agregar y cuántas he sacrificado! No me he permitido una sola nota; la menor hubiera sido una interrupción, una discordancia, acaso, en este momento sagrado.

Había, sin embargo, una multitud de detalles interesantes que exigían ser anotados. Muchos de los procesos verbales merecían ser impresos enteros (los de Romans, Maubec, Teste-de-Buch, Saint-Jean-du-Gard, etc.) Los discursos valen menos que las narraciones. Muchos de ellos, sin embargo, son conmovedores. Merece ser consignada la frase del anciano Simeón: «Ahora ya puedo morir...»

Cada legajo, examinado aisladamente, tiene poco interés. Estu-

diados en conjunto, se ve en ellos *la más grande diversidad en la más perfecta unidad.*

Cada país realiza este gran acto de unidad con su originalidad especial. Los federados de Quinsper se coronan con ramas de roble breton; los delfineses de Romans (junto al Mediodía) ponen una palma en manos de la hermosa joven que preside la fiesta. La valiente serenidad, el orden, el buen sentido en el corazón sano brillan en estas federaciones delfinesas. En las de la Bretaña descuella un carácter de fuerza, de gravedad apasionada, de gravedad casi trágica; se ve que no es un juego, que se está delante del enemigo. En las montañas del Jura, en el país de los últimos siervos, se ve la admiración, el éxtasis del alumbriamiento de verse elevados á la libertad desde la servidumbre: «¡más que libres ciudadanos, franceses, superiores á toda la Europa.» Y fundaron un aniversario de la santa noche del 4 de Agosto.

Lo que conmueve sobremedera es el prodigioso esfuerzo de buena voluntad que hace este pueblo, tan poco preparado para traducir el sentimiento profundo que llenaba su alma. Los de Navarreins en los Pirineos, pobres gentes como dicen ellos mismos, perdidos en las montañas, con tan pocos recursos, no teniendo la comunidad del lenguaje y chapurreando el francés del Norte, ofrecieron á la patria su corazón, su misma impotencia.

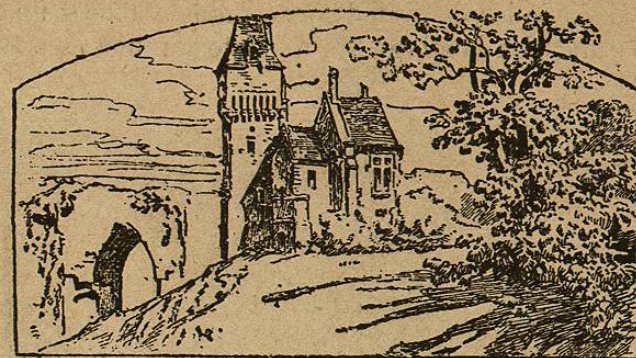
Uno de los procesos verbales peor formados ¿quién lo creería? es el de un ayuntamiento cercano á Versalles y á San Germán. El papel, basto ya, daba testimonio de una extrema pobreza; la escritura demostraba una ignorancia muy bárbara; la mayor parte no firmaban más que con cruces; pero todos firmaban, ninguno quiso excusarse; después del nombre de la madre veis el del niño, el de la hija, etc.

El gran propósito, el que no habrían realizado bastante felizmente, era encontrar signos visibles, símbolos para expresar su nueva fe.

En Dole, el fuego sagrado en que el sacerdote debe quemar el incienso sobre el altar de la patria, es sacado del sol por medio de una lente aplicada por una doncella. En Saint-Pierre (cerca de Crépy), en Melló (Oire), en Sanit-Mauricio (Charente) se pone sobre el altar la Ley y los decretos de la Asamblea. En Melló fué llevada la Ley en un arca de alianza. En San Mauricio la pusieron sobre un mapa mundi que servía de frontal del ara, y juntos con la espada el arado y la balanza entre dos balas de la Bastilla.

Por otra parte, una inspiración más feliz les hacía escoger símbolos de unión de todo punto humano, uniones celebradas en el altar de la patria, bautismos, adopciones de un niño por un municipio, por un club. Frecuentemente las mujeres mandan hacer oficios fúnebres por los muertos de la Bastilla. Añadid inmensas caridades, distribuciones de víveres, mesas puestas para todos. Lo que he hallado más conmovedor, como signo de buen corazón, es en la Plesvade, cerca de Borge-

rac, una cuestación hecha entre varios soldados y que arroja una suma enorme, relativamente á las facultades de estas pobres gentes ¡ciento veinte francos! *para una viuda de la Bastilla*. En San Juan de Gard la ceremonia acabó por una reconciliación solemne de todos los que estaban enemistados. En Sons-le-Saulnier se dice: «¡A todos los hombres, á nuestros enemigos mismos, juramos amar y defender!»



CAPITULO XII

De la religión nueva.—Federación general (14 Julio de 1790)

Admiración y enternecimiento de todas las naciones ante el espectáculo de la Francia.—Gran federación de Lyon (30 de Mayo del 90) — La Francia pide una federación general (Junio).—El canto de los federados.—París les prepara el Campo de Marte —La Asamblea decreta la abolición de la nobleza hereditaria (19 de Junio del 90) —Ha abolido ya el principio cristiano de la herencia del crimen.—Recibe á los diputados del género humano.—Federación de los reyes contra la de los pueblos.—Federación general de la Francia en París (1.º de Julio del 90). —Valor de la Francia á un tiempo pacífica y guerrera.

Esta fe, este candor, este inmenso arranque de concordia, al cabo de un siglo de disputas, fué para todas las naciones objeto de una gran admiración, de un estupor prodigioso. Todos quedaron mudos y enternecidos.

Muchas de nuestras federaciones habían imaginado un símbolo conmovedor de unión, celebrar enlaces ante el altar de la patria. La federación misma, este matrimonio de la Francia, parecía un símbolo profético del futuro matrimonio de los pueblos, del himeneo general del mundo.

Otro signo, y no menos profundo en su significación, que apareció también en estas fiestas. Se puso á veces sobre el altar un niño pequeño, al que todos adoptaban, y que dotado con los regalos, los votos y las lágrimas de todos, venía á ser de cada uno.

La Francia es el niño sobre el altar y toda la tierra á su derredor. Hija común de las naciones, en ella todas se sienten unidas, todas se asocian de corazón á sus destinos futuros, rodeándola de inquietudes y de temor y esperanza... No hay una entre ellas que los vea sin llorar. ¡Cómo lloraba la Italia! (¡Ah, hermanos, acordáos de este día!) Toda nación oprimida, olvidando su esclavitud ante el espectáculo de esta joven libertad, le decía: «Yo soy libre en tí.»

La Alemania, ante este milagro, no podía sostener ya el papel de ironía escéptica, y se sorprendía ella misma de caer también en la fe.